

I. LA REFORMA EN MARCHA

Eliana, la simpática secretaria del Director del Departamento de Educación, pidió al profesor de biología, Licenciado Ignacio Fernández, que esperara un poco: el señor director iba a atenderlo. El profesor se sentó en la sala de espera y comenzó a hojear un folleto que había sobre la mesa. En la página 4 leyó, sin prestar mucha atención, "La Primera Conferencia Interamericana sobre la Enseñanza de la Biología"

CONSIDERANDO:

Que es esencial para la educación del adolescente:

1. Crearle hábitos mentales propios del pensamiento científico;
2. Permitirle descubrir su vocación y capacidades, y
3. Conducirle a la comprensión de la biología, todo lo cual le permitirá una mayor eficiencia en su vida individual y social.

"Que el método expositivo, predominante hasta hoy en América, es totalmente inadecuado y que la participación activa del alumno en la resolución de situaciones problemáticas referentes a la biología es la manera más eficiente para alcanzar los objetivos expuestos. . ."

El profesor Fernández insinuó una sonrisa y pensó: "quisiera ver a uno de esos especialistas de gabinete dando clase en mi escuela. . .". Recordó, entonces, a su viejo profesor de didáctica, que acostumbraba explicar a los alumnos que los fines informativos de la enseñanza son menos importantes que los formativos. Este mismo profesor dio una vez una clase que los estudiantes anotaron meticulosamente: habló sin interrupción por más de una hora, y pulverizó, con vehemencia y brillo retórico, el método expositivo y el cuaderno de apuntes.



II. ¿PARA QUE ENSEÑAR?

El licenciado Fernández era un intelectual no conformista. Su vida transcurría tranquila, pero tenía ciertas inquietudes cuya razón sus colegas no lograban siempre entender.

Como de costumbre, salió aquella tarde de la escuela en compañía del profesor Quezada, de física, para tomar el autobús juntos.

Pareces preocupado, le dijo Quezada, ¿qué ocurre? ¿Has tenido algún incidente en la clase?

No, Quezada, no, nada desagradable ha ocurrido. La cosa es que, después de explicar mis cinco clases de la

(1) Tomado del libro *Principios básicos para la enseñanza de la biología*, 1967, Monografías biológicas de la UNION PANAMERICANA, ORGANIZACION DE ESTADOS AMERICANOS (OEA), WASHINGTON, D.C.

(2) Departamento de Biología, Facultad de Filosofía, Ciencias e Letras, Universidad de Sao Paulo, Brasil.

tarde, sobre el mismo asunto, con cinco grupos distintos, me vino a la mente la más estúpida pregunta: en fin de cuentas, ¿qué beneficio hago a estos muchachos enseñándoles biología? El tema de hoy era lo que nuestro programa oficial llama "ciclo reproductivo de las briofitas". Hoy, como todos los años, les expliqué, por ejemplo, cómo la fase haploide de los musgos deriva de una espora y la fase diploide de un cigoto. Ahora bien, supongamos que no hayan entendido nada. ¿En qué puede esto afectar su vida? Tú, Quezada, eres sin duda un profesional satisfecho y, después de todo, nada sabes sobre el ciclo de los musgos. Supongamos que mis alumnos salieron sabiendo el ciclo de las briofitas tan bien como yo. Dime, sinceramente, ¿de qué les servirá esto en la vida, a menos que también se conviertan en profesores de biología y tengan como función torturar a otros muchachos con estas cosas?



Tomado de improviso, Quezada, apenas pudo más que balbucir una contestación que no satisfizo a ninguno de los dos:

Ignacio, el saber es importante en sí mismo, no hay que indagar para qué sirve. Además, si el tema que trataste es parte del programa oficial tu deber es ense-

ñar. Si lo hiciste, tienes la conciencia tranquila, no pienses más en esto.

III. EL CURSO TRADICIONAL

Pasaron tres meses.

A las once de la noche, el licenciado Fernández estaba profundamente desalentado; un año más perdido. Pasó el domingo corrigiendo pruebas; centenares de caricaturas de sus propias ideas, monstruosamente deformadas, que se le lanzaban al rostro como una burla.

¿Qué sucedía con los jóvenes? Sus clases iban siempre bien preparadas y expuestas con claridad. Sin embargo, el día del examen, escribían como si fueran demonios jugueteando, interesados únicamente en ridiculizar a su maestro. El profesor sabía que, como en los otros años, la sensación de fracaso le envenenaría las vacaciones.

El sábado siguiente se celebró el baile de graduación. El licenciado Fernández, vestido de etiqueta, conversaba en un rincón del salón con un grupo de estudiantes. Poco a poco se fue dando cuenta de un hecho curioso.

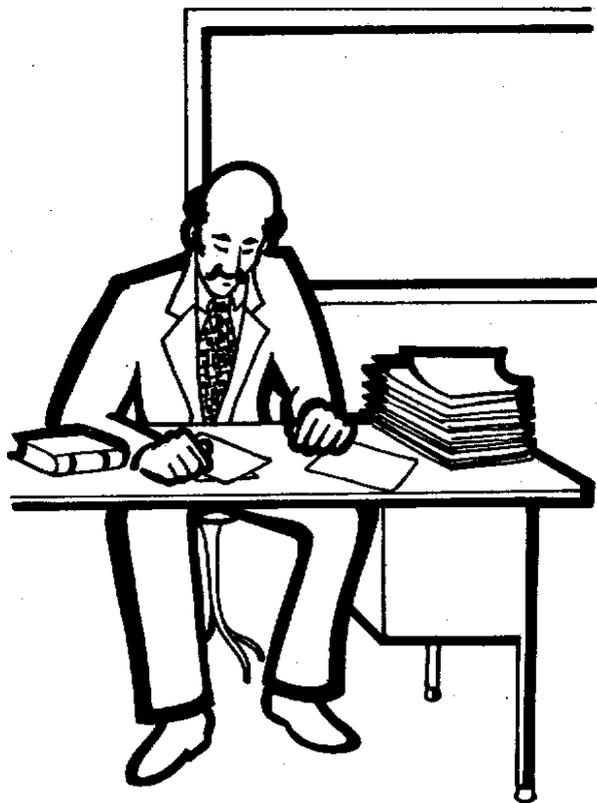
Uno de los estudiantes, Rafael, llevaba la voz cantante en la conversación y fascinaba a su pequeño auditorio por la manera como entremezclaba observaciones chistosas con opiniones seguras, justificadas con lógica y claridad. Pues bien, Rafael había sido uno de los peores alumnos de biología y el licenciado Fernández siempre lo había juzgado falto de interés y decididamente corto de ideas. Ahora debía reconocer que se había equivocado: Rafael era un joven brillante.

“¡Quién sabe!”, pensó el licenciado Fernández “apenas conocemos una parte —la peor— de nuestros alumnos, esto es, al estudiante, pero no al adolescente. Cada estudiante es dos personas que vive dos vidas: la vida de las clases, de los deberes escolares, de las pruebas y de las notas y la vida de la casa; de las diversiones, de los contactos sociales: la vida de la vida”.

IV. EL CURSO RENOVADO

Hacia el final de las vacaciones, una llamada telefónica de la secretaria del Director del Departamento de Educación alteró totalmente el destino del licenciado Fernández.

A un educador de gran mérito se le encargó dar un curso de vacaciones para profesores de biología y el licenciado Fernández era uno de los dos asistentes invitados para trabajar con él.



Más tarde, el licenciado Fernández descubrió que trabajar era, realmente el término adecuado. Durante un mes no paró, noche y día, preparando material de prácticas, revisando programas, discutiendo con los treinta participantes cada etapa de las clases que debían explicar a un grupo de estudiantes voluntarios.

El licenciado Fernández nunca antes había pensado tanto en cómo organizar un buen curso; y por primera vez comenzó a tener ideas claras y la necesaria confianza en sí mismo para aplicarlas.

V. MATERIA DE ENSEÑANZA

Las esferas celestes cumplieron fielmente un ciclo más y el resultado fue que el licenciado Fernández se enfrentó otra vez con un grupo de alumnos para iniciar un nuevo curso de biología. Lo primero que hizo fue distribuirles unas hojas mimeografiadas en las que se explicaban los métodos básicos que iban a adoptarse (estudio del texto seguido de discusiones; prácticas de laboratorio en clase y en casa; ejercicios semanales sobre asuntos todavía no discutidos). Además, el plan incluía un calendario que señalaba el tema a ser estudiado y discutido cada semana, hasta el fin del semestre, acompañado de la siguiente advertencia: "Si por

cualquier razón, no hay clases cierto día, la discusión indicada se realizará automáticamente en conjunto con la de la clase siguiente, de modo que el programa nunca podrá quedar retrasado".

Los alumnos se asombraron, pues, por primera vez en su vida, veían un plan de curso. El licenciado Fernández lanzó luego su segunda bomba metodológica al declarar: "vamos a iniciar inmediatamente nuestras actividades prácticas". Así, la primera clase del año en lugar de ser la más aburrida (pues la dedicaba antes a dar definiciones de biología y a discutir su importancia, su historia y sus relaciones con las demás ciencias) fue un gran éxito: el primer día, el licenciado Fernández conquistó a los estudiantes y aseguró su cooperación entusiasta.

VI. LA ORGANIZACION DEL CURSO

El licenciado Fernández implantó en su curso tantas modificaciones, con tal discreción, que nadie se dio cuenta de ellas.

De hecho, en su camino hacia la verdadera sabiduría, llegó al convencimiento de que, en asuntos de educación, lo que realmente importa es el espíritu, pero lo que causa dificultades con los directores, inspectores y coordinadores son los aspectos formales de los cursos. Como su inspector, aún siendo trabajador y de buena voluntad, era en extremo tradicionalista, el licenciado Fernández decidió no oponerse a él, y por el momento, limitarse a modificar su curso en aspectos importantes y poco ostensibles, sin alterar en nada aquellos aspectos que llaman la atención pero que en realidad no tienen importancia.

Por ejemplo, en cuanto al programa oficial, siguió rigurosamente, como siempre lo había hecho, los temas señalados en él, con la única diferencia que cambió totalmente su contenido a fuerza de reorganizarlo. El programa se convirtió en una serie de proyectos que hacían pensar a los alumnos. Sin embargo, en su diario de clase, el licenciado Fernández registró la "materia que enseñó" exactamente como en años anteriores.

Así, el inspector quedó satisfecho, como siempre, y los alumnos, como nunca.

VII. ORIENTACION DIDACTICA

En dos años, la fama del licenciado Fernández trascendió las fronteras de su escuela y se extendió por el país. Haber sido alumno de dicho profesor significaba ingreso seguro en la universidad. Por otra parte, su fama era más bien legendaria, pues el licenciado Fer-

nández continuaba metido en su escuela trabajando con sus alumnos y nadie lo veía. Se celebró un congreso internacional y los organizadores contaban con él para impresionar a los visitantes. Pero, en la solemne sesión inaugural, el Presidente del Congreso leyó

un telegrama que acababa de recibir: "Ruego me perdonen no presentar memoria "Excursiones Recurso Didáctico". Estoy acampado playa treinta alumnos realizando fecundaciones artificiales erizo de mar. Firmado: Ignacio Fernández".

